



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Grado en Relaciones Internacionales

TRABAJO FIN DE GRADO

**EL PAPEL DE LA DIPLOMACIA VATICANA
DURANTE EL PERIODO DE LA GUERRA FRÍA
(1939-1978)**

Autor: Paula Victoria Jiménez

Tutor: Manuel José de la Fuente Fernández

Madrid 2023

RESUMEN

Existe cierto consenso en la literatura en señalar la importancia del Vaticano como sujeto del derecho internacional y cabeza de la Iglesia Católica que ha llegado a influir en numerosas ocasiones el rumbo de la historia contemporánea. En los últimos años se habla de la vuelta a la Ostpolitik Vaticana, que fue desarrollada por el cardenal Cassaroli como marco de referencia de la diplomacia vaticana en plena Guerra Fría y que supuso el acercamiento de la Iglesia católica al bloque comunista. La reciente apertura de la Santa Sede a gobiernos totalitarios, o adversos a la Iglesia, nos recuerdan el afán de la diplomacia vaticana de establecer el diálogo como eje principal de su política exterior.

A lo largo de la trayectoria del periodo de la Guerra Fría, la diplomacia Vaticana ha adoptado distintas posiciones en base a sus intereses geopolíticos. Siendo los regímenes estalinistas el mayor enemigo para la supervivencia de la Iglesia Católica en los países del Este de Europa, la diplomacia Vaticana tuvo que encontrar los medios para asentar las bases de una relación pacífica y cordial. Los pontificados de Pio XII, Juan XXIII y Pablo VI son la manifestación de las distintas posturas que la Santa Sede tomó respecto al conflicto y, al mismo tiempo, la prueba decisiva de la importancia de la Iglesia Católica en este acontecimiento histórico.

Palabras clave: “Diplomacia”, “Vaticano”, “Relaciones Internacionales” “Guerra Fría”, “Intereses”, “Pontificados”, “Ostpolitik Vaticana”, “Comunismo”, “Capitalismo”.

ABSTRACT

There is a certain consensus in the literature on the importance of the Vatican as a subject of international law and head of the Catholic Church, which on numerous occasions has come to influence the course of contemporary history. In recent years, authors have talked about the return to Vatican Ostpolitik, which was developed by Cardinal Cassaroli as a frame of reference for Vatican diplomacy in the midst of the Cold War and which brought the Catholic Church closer to the communist bloc. The recent openness of the Holy See to totalitarian governments, or those adverse to the Church, reminds us of the eagerness of Vatican diplomacy to establish dialogue as the main axis of its foreign policy.

Throughout the trajectory of the Cold War period, Vatican diplomacy has adopted different positions based on its geopolitical interests. With Stalin's regime being the greatest enemy for the survival of the Catholic Church in Eastern European countries, Vatican diplomacy had to find the means to lay the foundations for a peaceful and cordial relationship. The pontificates of Pius XII, John XXIII and Paul VI are the manifestation of the different positions that the Holy See took on the conflict and, at the same time, the decisive proof of the importance of the Catholic Church in this historical event.

Key words: "Diplomacy", "Vatican", "International Relations", "Cold War", "Interests", "Pontificates", "Vatican Ostpolitik", "Communism", "Capitalism".

ÍNDICE

1. Introducción	5
1.1 Finalidad y Motivos	5
1.2 Marco Teórico y Estado de la Cuestión.....	6
1.3 Objetivos y preguntas de investigación	14
1.4 Metodología.....	15
2. Pontificado de Pio XII en el marco de la Guerra Fría (1939-1958)	16
2.1 Descripción de las características generales de la diplomacia de Pio XII durante el conflicto.	16
2.2 Relaciones con Estados Unidos	18
2.3 Relaciones con Europa Occidental y análisis de la relevancia de la creación de la CEE para la diplomacia pontificia.....	21
2.3.1 <i>El proceso de integración europea en el contexto de la Guerra Fría</i>	23
2.4 Relaciones con el bloque comunista.....	24
3. Pontificado de Juan XXIII en el marco de la Guerra Fría (1958-1963)	27
3.1 La figura del papa Juan XXIII: el Papa Bueno.....	27
3.2 Concilio Vaticano II: la edificación de una nueva cristiandad	28
3.3 La puesta en marcha de la Ostpolitik Vaticana por Cassaroli	30
4. Pablo VI: peregrino de la paz (1963-1978)	32
4.1 La Ostpolitik Vaticana: del papel a la realidad.....	34
4.1.1 <i>La Ostpolitik 2.0</i>	36
5. Conclusiones	37
6. Bibliografía	39
7. Anexos	41

1. Introducción

1.1 Finalidad y Motivos

La elección de este tema se debe a distintos factores. Ante todo, este trabajo aspira a mejorar el conocimiento sobre el papel central de la diplomacia Vaticana en algunos episodios clave de la historia contemporánea, lo que contribuye a ponderar adecuadamente el papel del Vaticano como actor de referencia en el marco de las relaciones internacionales.

Por su parte, el conflicto de la Guerra Fría, por su dimensión ideológica y la manera en la que se desarrolló, siempre ha sido de gran interés para el estudio. Adicionalmente, al ser un conflicto que duró cuarenta y cuatro años, da pie a poder analizar distintos papados, y así poder comparar cómo la diplomacia Vaticana, al igual que la de cualquier otro Estado, se va moldeando en base a sus intereses en el plano internacional en cada momento.

A diferencia de otros papas como Benedicto XVI o Pablo II, los papas que se van a analizar en este trabajo guardan una distancia con la actualidad lo suficientemente amplia como para hacer un análisis más equilibrado. Por lo tanto, este trabajo también brinda la oportunidad de estudiar en mayor profundidad la historia de la Iglesia Católica. Es importante mencionar que otro de los aspectos clave para seleccionar estos tres papados, fue la relevancia que tuvo el Concilio Vaticano II, así como la Ostpolitik Vaticana durante el conflicto. Se trata de un periodo de tiempo, donde, tanto el mundo occidental como oriental, avanzaba y cambiaba a pasos agigantados, con una repercusión internacional de gran impacto. Por lo tanto, es muy interesante ver como en el caos de mediados del siglo XX, la Iglesia Católica, se convertía en uno de los ejes principales del sistema internacional.

Con este trabajo, se pretende, en definitiva, contribuir a mejorar el conocimiento al respecto de la actuación de la Iglesia Católica durante la Guerra Fría y la relación con ambos bloques, pero también potenciar la gran repercusión que ha tenido y sigue teniendo la Santa Sede en el plano diplomático de las relaciones internacionales.

Es importante empezar a considerar en mayor medida el papel de la Iglesia Católica, pero también de la religión en la sociedad internacional, para comprender también las

dinámicas del mundo contemporáneo. Recientemente, la Iglesia ha tenido mucho que decir respecto a cuestiones como la guerra en Ucrania, la guerra en Afganistán, el Covid-19, la cooperación al desarrollo en áreas empobrecidas de Asia y África etc. Por lo tanto, vemos como el Vaticano está muy presente en todos los grandes acontecimientos sociales, políticos y económicos, que afectan en cierto modo al plano religioso de una sociedad.

Este trabajo busca sustentar la hipótesis de que la Santa Sede tiene trascendencia en el desarrollo de la sociedad internacional tal y como la conocemos hoy en día, mediante su presencia diplomática en conflictos históricos como la Guerra Fría, que demuestran la relevancia de su papel a lo largo de la historia.

1.2 Marco Teórico y Estado de la Cuestión

La relevancia de la figura de la Santa Sede, así como su proyecto diplomático, han tenido una importancia a lo largo de la historia contemporánea que no debe pasar desapercibida. En efecto, a lo largo de la historia contemporánea, la actividad internacional de la Iglesia se ha dirigido tanto a asuntos espirituales como políticos. El Vaticano es la única institución religiosa en el mundo que mantiene relaciones diplomáticas con los Estados y que se considera sujeto de derecho internacional (Lajolo, 2005). Es un hito para la Iglesia Católica pensar que, a día de hoy, mantiene relaciones con 183 países y, bajo un régimen especial, con la Unión Europea y la Orden de Malta. Además, tiene estatuto de observador de las Naciones Unidas desde 1964 y miembro fundador de grandes organizaciones como la OSCE y la IAEA.

Muchos autores relevantes para el estudio de la importancia internacional de la Iglesia Católica, como Jaime Bonet Navarro (2014), nos recuerdan que entre las funciones diplomáticas esenciales de la Iglesia también se encuentra la protección de Derechos Humanos, la promoción de la paz y la cooperación para el desarrollo, convirtiéndose la Santa Sede en un referente moral para el resto de los sujetos de la sociedad internacional. En línea con la misión ética de la Iglesia Católica, el historiador, sacerdote y jurista español, José Orlandis (1998) menciona lo siguiente: “...el prestigio de la Santa Sede es ahora mayor que nunca y la autoridad del Pontificado se ha elevado hasta el punto de que el Papa puede considerarse hoy como la conciencia moral del mundo”.

Sin embargo, para poder entender la importancia que hoy en día tiene la Santa Sede como sujeto internacional con funciones diplomáticas, es necesario remontarse a los orígenes de todo ello. En plenas reuniones del Concilio Vaticano I (1869-1870), tras la ocupación de Roma por tropas piemontesas en el marco de la guerra de la unificación italiana, se puso fin a la existencia de los Estados Pontificios (Feldkamp, 2004). En 1929, tuvo lugar el mayor éxito de la curia papal desde la desaparición de los Estados Pontificios que fue la firma de los Pactos de Letrán (Feldkamp, 2004). Mediante estos acuerdos, Italia concedía a la Iglesia Católica la absoluta libertad e independencia para ejercer su misión espiritual y el Papa se convertía en Jefe de Estado de la ciudad del Vaticano.

El final de los Estados Pontificios en 1870 supuso un antes y un después en la diplomacia Vaticana. Debido a la falta de territorio, la Santa Sede empezó a considerarse por el resto de los países como una autoridad eclesiástica y no como un soberano secular (Feldkamp, 2004). Consecuentemente, no será hasta los Pactos de Letrán, cuando se resolverá la cuestión que había suscitado un gran debate durante años en torno a si la Santa Sede poseía subjetividad internacional o no debido a la falta de sustrato territorial (Bonet Navarro, 2014).

Es desde este momento, cuando la Santa Sede comenzó a ejercer funciones diplomáticas con distintos Estados mediante la firma de concordatos y el envío de nuncios que afianzaban la presencia de la Iglesia Católica en distintas regiones. Y desde entonces, los archivos del Vaticano son los principales guardianes del conocimiento diplomático durante siglos de la historia, algo que ningún otro país ha conseguido aún. Por si aún teníamos dudas de la antigüedad de la diplomacia Vaticana, cabe destacar que el Vaticano fue el primer Estado en crear una escuela para formar a los diplomáticos bajo el pontificado de Clemente XI en 1701 denominada “Accademia dei Nobili Ecclesiastici” (Feldkamp, 2004).

Durante el transcurso de las relaciones diplomáticas de la Santa Sede con el resto del mundo, se ha debatido la capacidad del Vaticano de poder entrometerse en conflictos geopolíticos como la Guerra Fría por ser un Estado o la obligación de posicionarse siempre como un sujeto neutral al margen de cualquier conflicto político, social o económico. De acuerdo con el art.24 del Tratado de Letrán (1929), se establece la estricta neutralidad del Estado del Vaticano ante cualquier conflicto bélico (Rodríguez, 2017):

La Santa Sede, respecto a la soberanía que le compete incluso en el campo internacional, declara querer permanecer ajena a competiciones temporales entre los demás estados y congresos internacionales organizados con tal fin, a no ser que las partes contendientes apelen concordes a su misión de paz, reservándose en todo caso hacer valer su potestad moral y espiritual. En consecuencia, la Ciudad del Vaticano será considerada siempre y en todo caso, territorio neutral e inviolable.

Al margen del aspecto jurídico, existen opiniones sobre autores muy distintas entre sí sobre la estricta neutralidad diplomática del Vaticano respecto a conflictos de índole internacional. Para autores como Bonet Navarro (2014) “La función pastoral prima sobre la diplomática porque la finalidad de la Iglesia se orienta a la promoción de los bienes espirituales incluso en el ámbito de la vida civil”. Existe un consenso global, desde ópticas católicas, pero también desde sectores aconfesionales, de querer pedirle a la Santa Sede declaraciones políticas sobre ciertos acontecimientos, cuando su función es la de ser líder espiritual (Fernández, 2022).

Lejos de querer que la diplomacia Vaticana se limite únicamente a la expansión de la fe católica, muchos también abogan por una figura de la Santa Sede que tome postura política ante conflictos internacionales. Así manifestó André Dupuy (1984) un prestigioso obispo francés que ha trabajado hasta hace pocos años en los servicios diplomáticos de la Santa Sede su opinión: “No es incompatible el espíritu del sacerdocio y el de la diplomacia. Precisamente la búsqueda de la paz fundamentada en la pasión del hombre explica las intervenciones de la Santa Sede en los conflictos mundiales actuales, su diálogo con los líderes políticos de los países del Este durante la Guerra Fría y su participación en grandes trabajos de congresos internacionales”.

Adentrándonos en el conflicto de la Guerra Fría, nos damos cuenta del impacto que la religión tuvo en la política exterior de muchos países. La religión se utilizó como un medio de expansión del poder para ambos bloques y un instrumento para definir una política global durante el transcurso de la guerra (Roccucci, 2015). De acuerdo con Andrew Preston, es clara la presencia de la religión en la Guerra Fría, debido a la propia naturaleza del conflicto donde se ha ensalzado el valor de la cultura y de las ideas, en un mundo totalmente bipolar (Preston, 2012). También el presidente de Estados Unidos,

Harry S. Truman, en base a su interpretación del conflicto lo denominó como una “guerra religiosa” (Roccucci, 2015).

Debido a la preminencia del valor religioso durante el conflicto de la Guerra Fría, ha sido muy complicado para los autores poder enmarcar los hechos ocurridos durante este periodo de tiempo bajo las ideas de las teorías de relaciones internacionales clásicas.

Sobre las bases y principios en los que se asienta el realismo, la Guerra Fría carece de sentido. Debido a la importancia de la cultura, las ideas y la religión durante este conflicto, es muy complicado para los autores poder entender las políticas llevadas a cabo por cualquiera de los países en términos realistas (Kirby, 2002). De acuerdo con Kenneth Waltz, un prominente académico en el área de las relaciones internacionales y fundador del realismo estructural, es evidente el afán de cualquier estado por frenar o detener la pérdida de poder. Sin embargo, encuentra una gran contradicción entre esta idea y lo que sucedió en la Guerra Fría, cuando al final del conflicto la Unión Soviética optó por retirarse y permitir a todas las repúblicas soviéticas retraerse del Pacto de Varsovia (Ned y Risse-Kappen, 1995).

Adicionalmente, uno de los supuestos que sustenta tanto el realismo clásico como el neorealismo o realismo estructural es la anarquía en el sistema internacional como fuerza que mueve a los Estados a querer sobrevivir conservando su soberanía. El hecho de que se tratase de un conflicto bipolar con una clara estructura y que el conflicto terminara dando lugar a un nuevo sistema internacional ordenado y sin necesidad de un conflicto armado, desestabilizó por completo el paradigma realista (Caldentey, 1996).

En lo que tiene que ver con el liberalismo, claramente encontró su hueco en los países europeos del Oeste que compartían las mismas bases que esta corriente de pensamiento. Debido a que el liberalismo intenta evitar el conflicto como medio de resolución de los problemas, concebía la Guerra Fría como el resultado de percepciones erróneas por ambos bandos (Zurita, 2007). No obstante, tanto el éxito de la ideología liberal estadounidense como la construcción de la CEE y demás organizaciones internacionales, demostraron que el multilateralismo, el liberalismo económico y la cooperación, eran el futuro del sistema internacional que nacería en el siglo XX.

En el extremo de estas dos corrientes, se encontraba el marxismo o socialismo, que en la Guerra Fría se había configurado como el comunismo de la Unión Soviética. Durante este periodo, todos aquellos que defendían el socialismo, empezaron a formar movimientos pacifistas que acogieran también a la clase obrera ya que se consideraba que era en la acción de las masas donde debía el comunismo buscar un momento de oportunidades para expandir los ideales comunistas y no de derrotas (Zurita, 2007).

Se han realizado numerosos estudios sobre el fracaso del comunismo en la Guerra Fría y sus causas. Se considera que cuando comenzaron las reformas implementadas por Gorvachov, la población que vivía en países bajo la influencia soviética conoció el contexto de una “sociedad de consumo” que concedía a los ciudadanos mayor bienestar económico y libertades y, por lo tanto, se empezaron a desestabilizar las bases del comunismo (Zurita, 2007). Fueron muy interesantes las palabras del gran historiador del siglo XX, Eric Hobsbawm, acerca del asunto cuando indicó que no había ganado el capitalismo como ideología, pero un grupo de países occidentales reconocidos como las potencias principales que mantenían el status quo (Zurita, 2007). Él además quiso plasmar que el comunismo estaba satisfecho de cómo había terminado la Guerra Fría porque “ahora los ricos han dejado de tener miedo a una alternativa que en realidad existía y que realmente podía extenderse” (Zurita, 2007).

Consecuentemente, podemos observar como el análisis de este conflicto, a diferencia de muchos otros, es de especial complejidad desde los ojos de las teorías clásicas de las relaciones internacionales. Anomalías como el papel tan importante que desarrollaron las ideas y la religión en el conflicto, han dado lugar a muchas particularidades y que se generaran situaciones sin precedentes. Una vez más, se incide en el rol de la Santa Sede no solo como un actor más de la escena internacional, pero en la relevancia de la diplomacia que se deriva del Vaticano como un instrumento esencial para entender el conflicto.

Si la Santa Sede no hubiese tomado posición en base a sus intereses bajo los pontificados de Pio XII, Juan XXIII y Pablo VI, el conflicto podría haber transcurrido de manera muy distinta e incluso el fin de la guerra podría haber desatado consecuencias mucho más dramáticas para la historia de la humanidad. Fue tal la importancia de la diplomacia

Vaticana durante la Guerra Fría y la caída del muro de Berlín, que años después, Joaquín Navarro Valls (2009) hizo la siguiente declaración:

El comunismo no cayó porque Estados Unidos hubiese ganado la guerra fría sino porque un hombre religioso, un Papa, un hombre del Este, había unido las conciencias de Oriente y las de Occidente en el altar universal de los derechos humanos.

La estrategia diplomática que llevarán a cabo tanto Pío XII como Juan XXIII y Pablo VI, que en cierto modo era una representación de su forma de pensar y su carácter, dejarán huella en el transcurso del conflicto. Gracias al análisis de los tres papados desde una perspectiva diplomática en el marco de la Guerra Fría, somos capaces de tener una mejor comprensión sobre la posición de la Iglesia Católica frente a su mayor enemigo históricamente, el comunismo (Ryall, 1999).

Para la capital del bloque comunista, la presencia de la Iglesia Católica, y su activa participación en el conflicto mediante la diplomacia Vaticana, suponía un núcleo de poder que sustentaba a los países del Bloque Oeste. La presencia de la Iglesia Católica en países como Hungría o Polonia con mayorías católicas, también suponía un gran riesgo para la estabilidad geopolítica del bloque comunista (Roccucci, 2015).

Por otro lado, para el bloque capitalista, la Santa Sede se convertirá en un fiel aliado para frenar la expansión comunista en Europa y Asia. Estados Unidos, pese a ser un Estado laico, establecido en la primera enmienda de la Constitución americana, utilizará el poder de la Santa Sede en la escena internacional, para convencer al mundo del éxito de su sistema político y económico. De acuerdo con la autora Dianne Kirby (2002):

La dimensión religiosa de la Guerra Fría fue de especial importancia para los Estados Unidos, una nación cuya gente y líderes, al margen de la separación constitucional de la Iglesia y el Estado, demuestran su religiosidad y consideran su país una fuerza moral de referencia para el resto del mundo.

La importancia que la religión tuvo para Estados Unidos durante la Guerra Fría, también se manifiesta en el documento NSC-68 (Kirby, 2002). Dicho documento publicado por Truman en 1950 se convirtió en el instrumento por el cual se definieron los supuestos y las políticas con las que EE. UU. se enfrentaría a la Guerra Fría en los próximos años

(Rojas, 2012). No es coincidencia que el documento no comenzara con el análisis geopolítico del conflicto, pero haciendo referencia a la lucha entre “American Good” y “Sovietic Evil” (Kirby, 2002). Estados Unidos quería vencer a la fe fanática del comunismo, mediante la construcción de una doctrina occidental que contase con una contra-fuerza espiritual superior (Kirby, 2002).

Los americanos consideraban que el comunismo se había creado bajo el sustento de una falsa religión. El responsable de la política exterior americana bajo la presidencia de Eisenhower, John Fuster Dulles, creía firmemente que la incongruencia entre la fe que tenían los rusos hacia la Iglesia Ortodoxa y su carácter antirreligioso es algo que debía utilizarse en contra de la ideología comunista (Kirby, 2002). Fuster Dulles identificó el comunismo como el principal obstáculo político y espiritual para la paz mundial. Consideraba además que, si las bases religiosas de la sociedad occidental se desintegraban, el comunismo aprovecharía del vacío moral (Herzog, 2011).

El Vaticano por su parte apoyará distintas iniciativas estadounidenses como el Plan Marshall (1948) bajo la presidencia de Truman, evidenciando su posición en el conflicto bipolar (Pollard, 2014). Sin embargo, es importante destacar que a pesar de que la relación entre Estados Unidos y el Vaticano en el marco de la Guerra Fría siempre fue buena, las relaciones diplomáticas oficiales entre ambas partes sufrieron ciertos altibajos. La situación se agravó en 1952 cuando Truman se negó a nombrar a un embajador ante el Vaticano y no será hasta la celebración del Concilio Vaticano II, cuando se exprese el apoyo de la Santa Sede a la libertad y tolerancia religiosa, cuando se reconsideró de nuevo la relación con el Vaticano (Feldkamp, 2004). Habrá que esperar hasta treinta años después, para que tenga lugar el restablecimiento oficial de las relaciones diplomáticas entre ambos.

Durante el pontificado de Juan XXIII se va a producir un giro dramático de los acontecimientos que cambiará el rumbo de la Iglesia y su posición en el conflicto, protagonizado por el Concilio Vaticano II, así como la elaboración de la Ostpolitik Vaticana por el cardenal Cassaroli (Ryall, 1999). El aterrador avance de la ideología comunista en los países del este de Europa obligará a la Iglesia Católica a alejarse de la tradicional alianza con Estados Unidos y a consolidarse como un actor neutral que busca el establecimiento de las relaciones pacíficas con el bloque comunista. Esta nueva

estrategia diplomática se sustentaba en la necesidad de la iglesia de pasar de un *modus vivendi* a un *modus non moriendi* para garantizar la supervivencia de la Iglesia Católica en el este de Europa (Ryall, 1999).

El éxito de la Ostpolitik Vaticana se debe principalmente a dos factores. Primero de todo, la nueva estrategia de política exterior vaticana iba acompañada de un papa abierto al cambio y a adaptar a la Iglesia Católica a la realidad social y política. Y, por otro lado, el contexto internacional también favorecía la aplicación de estas nuevas políticas, ya que la Guerra Fría se encontraba en una segunda etapa de distensión conocida como *la deténte* (Ryall, 1999). No podemos olvidarnos del importante papel que tuvo el pontificado de Pablo VI, quien materializó las ideas plasmadas en la Ostpolitik con el objetivo de un acercamiento pacífico a la Unión Soviética y todos los países bajo su influencia.

Si avanzamos en el tiempo, en la actualidad, el prestigio internacional de la Santa Sede ha aumentado hasta tal punto que mantener relaciones diplomáticas con la Santa Sede es un signo de reconocimiento internacional del país (Bonet Navarro, 2014). Al mismo tiempo, mediante esta pequeña introducción a la diplomacia Vaticana en el marco de la Guerra Fría, hemos podido observar la importancia como actor en el desarrollo de la historia contemporánea.

Adicionalmente, es muy interesante pensar en el impacto que ha tenido la Santa Sede desde los orígenes de su labor diplomática hasta hoy en día. Por ejemplo, en relación con el conflicto internacional entre Rusia y Ucrania, ya podemos ver ciertas tensiones durante la Guerra Fría debido al carácter religioso de Ucrania y, por lo tanto, la influencia de la Santa Sede en el país, al tiempo que estaba bajo el régimen comunista.

En los siguientes capítulos, veremos más en profundidad cual fue la posición de la Iglesia en la Guerra Fría durante los tres papados que ya hemos mencionado, así como otras cuestiones de interés que conciernen a la Santa Sede.

1.3 Objetivos y preguntas de investigación

El objetivo principal del presente trabajo es analizar el papel de la diplomacia Vaticana en el conflicto de la Guerra Fría, durante los pontificados de Pio XII (1939-1958), Juan XXIII (1958-1963) y Pablo VI (1963-1978).

Para ello, haremos un análisis de las relaciones de la Santa Sede con ambos bloques, teniendo en cuenta los intereses en juego en cada momento y las políticas perseguidas por cada papa. Otro de los grandes objetivos es conocer con mayor detalle el giro estratégico de la diplomacia Vaticana, desde el carácter anticomunista de Pio XII hasta la apertura al diálogo con la Unión Soviética liderado por Juan XXIII a raíz del Concilio Vaticano II. Este estudio nos ayuda también a indagar en cómo fue la puesta en marcha de la Ostpolitik Vaticana y el impacto que tuvo en el desarrollo de la Guerra Fría. Trataremos temas como el Concilio Vaticano II, la paulatina creación de la CEE y la construcción de Europa con la finalidad de conocer cuál fue el papel de la Santa Sede en este proceso, así como su presencia en las primeras conferencias internacionales como la firma del Tratado de Helsinki.

Por lo tanto, se trata una perspectiva comparada de los tres papados para dar como resultado una visión global de lo que fue la diplomacia Vaticana en la Guerra Fría. El objeto de estudio está sustentado por preguntas de investigación que llevan a entender por qué el Vaticano ha actuado o se ha comportado de determinada manera con ambos bloques durante el transcurso de la guerra y cómo ha defendido diplomáticamente sus intereses frente al comunismo. Para entender cómo el Vaticano desarrollaba sus directrices diplomáticas, es fundamental abordarlo desde una perspectiva más genérica en la que se tengan en cuenta las ideas generales que enmarcaban las diferentes políticas, pero también es importante concretar dichas políticas viendo ejemplos de cómo se materializaban.

Nos haremos preguntas como, ¿qué es lo motivó al Vaticano a abrirse al bloque soviético tras una posición anticomunista bajo Pio XII? ¿qué intereses han determinado la actuación de la Santa Sede durante el conflicto? ¿cómo se han materializado las relaciones con ambos bloques bajo los tres papados? ¿cómo ha definido la Santa Sede la dirección de la política internacional a lo largo del conflicto?

El propio estudio de las funciones diplomáticas del Vaticano durante el conflicto permite, como se ha mencionado anteriormente, ampliar la visión que se tiene sobre el Vaticano como actor en la política internacional y ensalzar la relevancia de este.

1.4 Metodología

El ensayo comienza con una introducción al origen de la diplomacia Vaticana, y una aproximación general a la relevancia de la diplomacia Vaticana en el conflicto de la Guerra Fría, más concretamente durante los pontificados de Pio XII, Juan XXIII y Pablo VI.

Este marco teórico donde hablaremos de autores influyentes en el asunto dará pie a un análisis más exhaustivo de cada uno de los pontificados. Dentro de cada uno de estos tres pontificados trataremos las bases de la diplomacia Vaticana en ese momento, así como las relaciones con ambos bloques y los avances de la Iglesia Católica en el ámbito de las Relaciones Internacionales.

Haremos hincapié en la Ostpolitik Vaticana, que se inició con Juan XXIII, pero que verdaderamente se materializó con Pablo VI, debido a su relevancia en el transcurso de la Guerra Fría y a todas sus implicaciones para la diplomacia Vaticana y la historia de la Santa Sede.

Podemos ver cómo la estrategia del estudio es gradual, ya que empezamos tratando la diplomacia Vaticana en la Guerra Fría desde una perspectiva más general y extensa y poco a poco asentamos el tema, pontificado por pontificado, incluyendo aspectos mucho más concretos. Por lo tanto, a pesar de desglosar el estudio en los tres Papados se mantiene la mirada puesta en el caso: el papel de la diplomacia Vaticana durante la Guerra Fría.

Se va a emplear una metodología basada en la revisión bibliográfica y en la investigación descriptiva de fuentes literarias. Se ha trabajado con fuentes secundarias como tratados internacionales, encíclicas etc. Pero también ha tenido un gran peso la literatura conformada por los autores más relevante respecto a este tema de estudio, de donde se han extraído ensayos y capítulos procedentes de libros.

2. Pontificado de Pio XII en el marco de la Guerra Fría (1939-1958)

2.1 Descripción de las características generales de la diplomacia de Pio XII durante el conflicto.

El Pontificado de Pio XII será mucho más complejo y turbulento que el de sus sucesores. Es un pontificado marcado por grandes acontecimientos en la historia que cambiarán el rumbo de las relaciones diplomáticas vaticanas a nivel internacional. Pio XII tuvo que enfrentarse a la Segunda Guerra Mundial, los abusos de los nazis y fascistas, el régimen comunista de la Unión Soviética, el Holocausto en Alemania y las amenazas de extinción nuclear. Debido a las dificultades políticas, sociales, militares y económicas a nivel mundial con las que tuvo que lidiar como cabeza de la Iglesia Católica, es un papado que ha dado lugar a desacuerdos y disputas en torno a la manera en la que el papa respondió ante estos acontecimientos (Coppa, 2013).

Pio XII es un papa que se va a caracterizar por ejercer una posición que siempre se encontraba en la fina línea entre moralidad y diplomacia. Será un papa políticamente muy correcto, incluso en ciertas ocasiones se consideró más de lo que debía. Ha sido muy criticado a lo largo de la historia por la inactividad y el silencio que ejerció durante las atrocidades llevadas a cabo por los Nazis y Fascistas en Italia. Se le consideraba un papa que seguía preocupado por la primacía Vaticana y por asuntos secundarios que protegían el transcurso de la naturaleza conservativa de la Iglesia Católica, dejando de lado la actualidad internacional y la difícil situación de muchos católicos en persecución (Coppa, 2013).

Sin embargo, la realidad no se asemeja a estos prejuicios y estereotipos sobre Pio XII. Si nos remontamos a la historia, podemos observar cómo era un hombre que consiguió encontrar la conjunción oportuna entre modernidad y tradicionalidad, para poder hacer frente a un mundo que cambiaba a pasos agigantados pero que al mismo tiempo necesitaba más que nunca de líderes espirituales que protegieran los valores católicos que se perdían entre las nuevas ideologías (Coppa, 2013). En efecto, la Iglesia Católica que siempre se había mostrado muy reacia hacia ciertas ideologías revolucionarias como el liberalismo o socialismo y había optado por una posición hostil ante ellas, llegará a la culminación de esta tradición militante con Pio XII (Ryall, 1999).

Contraria a la diplomacia neutral e imparcial con la que actuó frente a los regímenes totalitarios en Europa, Pio XII optará por una posición firme anticomunista que le llevará a tomar decisiones con el fin último de convertir a la Iglesia Católica en un obstáculo para la expansión del comunismo. La mano derecha de Pio XII durante la Guerra Fría, el cardenal Domenico Tardini, ya alertó al papa que la guerra terminaría con la victoria de la Unión Soviética en Europa, deteriorando los valores europeos y la cultura cristiana, si el Vaticano no tomaba cartas sobre el asunto (Coppa, 2013). Es por ello, que Pio XII, empleo todos los medios espirituales y diplomáticos con los que contaba para hacer un llamamiento común al destierro del ateísmo en la lucha política contra el comunismo (Coppa, 2013).

Con el avance de la Guerra Fría en Europa y Asia, Pio XII cada vez mostrará mayor inquietud por la supervivencia del catolicismo en los países del este de Europa gobernados por partidos comunistas pero que contaban con poblaciones mayoritarias de fieles cristianos. La posición anticomunista de este papa al igual que todas las iniciativas que estaba llevando a cabo, estarán apoyadas por Estados Unidos, que se convertirá en un claro aliado, quién también encontrará intereses en sus relaciones con el Vaticano. Pio XII, que llegó a denominarse “El Papa de la alianza atlántica” verá con muy buenos ojos programas como el Plan Marshall o la creación de la OTAN que ayudan a fortalecer la posición de Europa frente al peor enemigo de la Iglesia (Coppa, 2013). Destaca el mensaje de Navidad que Pio XII formuló a cerca de la opinión del Vaticano sobre el comunismo:

Nosotros rechazamos el comunismo como sistema social, en virtud de la doctrina cristiana, y debemos afirmar particularmente los fundamentos del derecho natural. Por la misma razón, rechazamos igualmente la opinión de que el cristiano de hoy deba ver el comunismo como un fenómeno o una etapa en el curso de la historia. Como necesario momento evolutivo de la misma, y por consiguiente aceptarlo como decreto divino (García, 2019).

A continuación, indagaremos en mayor medida en las relaciones que Pio XII mantuvo con los países que conformaban ambos bloques, así como las políticas y directrices que llevo a cabo como diplomático y representante de la Iglesia Católica en el mundo.

2.2 Relaciones con Estados Unidos

En la lucha contra el comunismo en la Guerra Fría, la relación entre Pio XII y Estados Unidos fue muy cercana. Estados Unidos fue el mayor aliado de la Santa sede durante este periodo de tiempo y la principal fuente de esperanza para poder acabar con el bloque comunista (Pollard, 2014). Como anécdota curiosa, Pio XII fue denominado por el bloque comunista como el “Coca-Cola Pope” (Pollard, 2014).

Sin embargo, las relaciones diplomáticas entre el Vaticano y Estados Unidos empezaron a decaer en 1948 cuando, ante el triunfo electoral del Partido Socialista en Italia, el Vaticano es informado de infiltraciones por parte de la CIA en el proceso electoral. Adicionalmente, tensiones entre ambas partes con respecto a la cuestión de Palestina, terminaron de crispar las relaciones entre ambos, que definitivamente cesarían en 1952 cuando Truman se negó a nombrar a un embajador ante el Vaticano (Pollard, 2014). Será a partir de este momento cuando de forma irónica comenzará la “lonely Cold War” para la Santa Sede, hasta los años ochenta cuando se retomen oficialmente las relaciones diplomáticas (Pollard, 2014).

Debemos distinguir entre dos aspectos, en primer lugar, la diferencia que existe entre relaciones diplomáticas oficiales y las no oficiales y, en segundo lugar, los intereses que movían a Estados Unidos a colaborar con el Vaticano. En lo que se refiere al primer aspecto, el Vaticano y Estados Unidos siempre mantuvieron buenas relaciones no oficiales durante el conflicto, pero las relaciones diplomáticas oficiales sufrieron numerosos altibajos con carácter desestabilizador para ambos. Por otro lado, Estados Unidos tenía claras las posibilidades que le brindaba alinearse con una gran potencia como la Santa Sede cuya diplomacia tenía un impacto considerable en las relaciones internacionales. No obstante, tampoco quería que la imagen del país se pudiera ver asociada a la religión católica y al tradicionalismo de la institución cuando EE. UU. era el principal referente de modernidad y progreso.

El Plan Marshall, a los pies del comienzo de la Guerra Fría, será el inicio de las relaciones entre el gobierno americano y la Santa Sede. Pio XII, previsor e incluso visionario, veía clara la oportunidad que esta ayuda financiera supondrá no solo para la reconstrucción de una Europa devastada, pero para forjar una alianza diplomática con la mirada puesta en

la Guerra Fría (Gayte, 2011). Myron Taylor, uno de los diplomáticos americanos con mayor reconocimiento y asistente de Truman, mencionó las siguientes palabras acerca de del recibimiento del Plan Marshall por parte del Vaticano:

Una convergencia de intereses muy real en relación con el Plan Marshall. El Vaticano acogió el plan con profundo alivio, satisfacción y esperanza y en directa consonancia con sus propios intereses en aquel momento.

Si bien el Plan Marshall desató las relaciones entre Estados Unidos y el Vaticano, los sucesos que estaban teniendo lugar en los países del este de Europa también resonaron en el continente americano. El arresto del cardenal Mindszenty en 1946 y los límites que estaba sobrepasando el país condenando a la religión católica, supusieron el estrechamiento de los vínculos en común con la Santa Sede, ya que Estados Unidos decidió cortar las relaciones diplomáticas con Hungría (Herzog, 2011).

Es muy interesante observar a través de discursos de Truman y demás autoridades americanas, como se tuvo que ir moldeando y reconfigurando el discurso americano para convencer a la población de la importancia que tenía el catolicísimo para entender y combatir al comunismo (Herzog, 2011). El catolicismo, previamente a la Guerra Fría, se trataba únicamente de una religión de inmigrantes en Estados Unidos, pero poco a poco veremos como la religión asienta las bases en la sociedad para convertirse en un punto de unión entre todos los americanos y una causa moral para luchar por el estilo de vida americano y sus ideales.

En 1949, ya veíamos como el Comité de la Cámara sobre Actividades Antiamericanas citaba que “el comunismo no podía dominar a menos que tuviera el poder de rehacer la vida de las personas. Sin embargo, esta ideología no podía ignorar a la religión para conseguir eso” (Herzog, 2011). Y paralelamente, Truman inspirado en los valores católicos de George Washington, promulgaba las siguientes palabras en un discurso: “El arma más poderosa para defender la democracia no es una pistola, un tanque o una bomba. Es la fe, fe en la hermandad y dignidad del hombre ante Dios” (Herzog 2011).

La creación de la CIA en 1947, antes denominada Oficina de Servicios Estratégicos en Tiempos de Guerra (OSE), fue otro de los grandes acontecimientos bajo el papado de Pio

XII que estrecharon los lazos entre el Vaticano y la potencia norteamericana. Tras la segunda Guerra Mundial, el presidente de la OSE, Allen Dulles, afirmó que la lucha americana no debía ser contra el nazismo ya que no suponía ningún riesgo, pero contra el comunismo que podría desestabilizar la geopolítica internacional derivando en consecuencias muy graves para la democracia. Es por ello que, durante los primeros años de la Guerra Fría, la Santa Sede, oficiales nazis y Estados Unidos, conformarían un triunvirato para realizar acciones conjuntas que promulgaran valores anticomunistas. (Davison, 2020).

No solo la Santa Sede se beneficiaría diplomáticamente de la CIA como un instrumento muy poderoso para obtener información, pero también de los desarrollados medios de comunicación, que tanto caracterizaban a la cultura americana desde los años 20, como el programa de radio nacional “Religion in American Life” que se constituyó como una estrategia psicológica y propagandística en contra del comunismo (Baena, 2015).

Sin embargo, y como ya hemos mencionado, al margen de las buenas relaciones entre Estados Unidos y la Santa Sede durante el transcurso de la Guerra Fría, Pio XII siempre quiso cumplir con sus funciones de diplomático y no quiso entrometerse en organizaciones o acciones americanas que pudieran dañar la imagen del Vaticano. Así lo podemos ver con la creación de la OTAN en 1949, cuando procuró que la República Italiana no fuese parte de esta alianza militar, ya que claramente esto tendría repercusiones en la imagen que el bloque soviético tenía de la Santa Sede (Pollard, 2014).

Otro ejemplo de la diplomacia de neutralidad por la que optó Pio XII se refleja en sus políticas de abstención a la defensa de cualquier armamento nuclear o similar que pudiera tener consecuencias mundiales devastadoras. En 1953, Truman le anunció al papa que habían desarrollado una bomba de hidrógeno y que contaban con el apoyo de la Santa Sede para frenar el comunismo de esta manera. Pio XII se negó en absoluto a ser partícipe del plan ya que confiaba en medios pacíficos y de negociación para superar la crisis ideológica (Coppa, 2013).

Podemos concluir que la relación entre el Vaticano y la Santa Sede constituyó un engranaje fundamental para luchar contra el comunismo. Pero no podemos olvidarnos de que en numerosas ocasiones los intereses de ambos no estuvieron alineados,

sencillamente por la naturaleza y características de ambos estados, a lo que se le suma una política exterior pontificia muy tradicionalista y neutral bajo la figura de Pio XII.

2.3 Relaciones con Europa Occidental y análisis de la relevancia de la creación de la CEE para la diplomacia pontificia

Como ya hemos mencionado anteriormente, el papado de Pio XII, en lo que se refiere a sus relaciones con Europa Occidental, también fue un periodo con muchos contratiempos y retos que afrontar para el Vaticano. Aun siendo esta región un gran apoyo para la diplomacia anti-comunista desarrollada por Pio, la situación en Alemania desató riesgos y miedos sobre la expansión de movimientos comunistas en el resto de países. Al margen de la peculiar situación en Alemania, nos encontramos con la era de los totalitarismos en gran parte de Europa como puede ser España, Italia o Portugal.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la división de Alemania en cuatro territorios, y uno de ellos bajo el control soviético, generó uno de los mayores desafíos para la Santa Sede (Pollard, 2014). En 1949, con la división de Alemania en dos repúblicas y la construcción del muro de Berlín como símbolo emblemático de la Guerra Fría, el Vaticano se negó a reconocer dicha división y como prueba de ello nombraría a un obispo como representante de la Santa Sede en Alemania y no exclusivamente de la República Federal Alemana (Pollard, 2014).

Pio XII siempre mantuvo muy buenas relaciones con Hitler y se le ha llegado a acusar como parte del crimen del Holocausto debido al silencio que ejerció frente a verdaderas atrocidades cometidas por el régimen (Coppa, 2013). Se ha considerado que la estructura autoritaria de la Iglesia Católica fue lo que permitió al papa mantener buenas relaciones con regímenes fascistas y nazis (Coppa, 2013).

John Cornwell, un periodista y académico británico, se ha mostrado siempre muy crítico con las relaciones que Hitler y Pio XII mantuvieron durante el Holocausto. A través del análisis de distintos documentos encontrados, se ha inferido que, desde el nombramiento de Pacelli como papa, se firmó entre ambos una serie de concordatos que conformaban una diplomacia secreta, en la que se neutralizaba a los obispos alemanes y convertía al sacerdote en ejecutor de prácticas inhumanas (Köhler, 2000). Así, Cornwell (2001) en

unos de sus libros mencionaba lo siguiente: “Pio XII fue el papa ideal para los planes diplomáticos de Hitler. El régimen tenía poco que temer al catolicismo alemán mientras Pacelli tuviera las riendas”.

Aunque muchos autores en la literatura consideren que Pio XII no arriesgo en ningún momento por los judíos, ni siquiera los de su propia diócesis de Roma, que en 1943 fueron deportados a Auschwitz, ¿fue verdaderamente Pio XII indiferente al sufrimiento judío? (Köhler, 2000).

Es importante ir más allá de la estricta realidad de los actos de Pio XII, para poder poner en perspectiva sus políticas, recordando el afán que tenía por mantenerse neutral evitando cualquier tipo de confrontación directa con los regímenes totalitarios de Europa Occidental. Siempre quiso evitar criticar públicamente el nazismo con tal de proteger a la Iglesia Católica en Alemania. En numerosas ocasiones el silencio de Pio XII no fue sinónimo de inactividad, pero habrá que ir más allá para darnos cuenta de la sutileza que tuvo en su diplomacia con la mirada puesta en el comunismo.

Al margen de Alemania, también es preciso hacer un comentario sobre las elecciones italianas de 1948, en las que la Santa Sede públicamente evitó todo rastro de imparcialidad y se involucró en la política y los asuntos públicos. Terminada la guerra, el Partido Comunista Italiano ganó mucho peso en la península y no será hasta años después cuando Gasperi reviva el catolicismo creando el Partido Cristiano Demócrata (Pollard, 2014). Por lo tanto, para poder obstaculizar el posible triunfo bolchevique en las elecciones, Pio XII mediante la movilización de masas en los grupos católicos, quiso influenciar a los italianos sobre la incongruencia de ser católicos y al mismo tiempo comunistas (Coppa, 2013). La intervención de Pio XII en las elecciones italianas tuvo una gran repercusión en el resto de Europa coincidiendo con el comienzo de la Guerra Fría, y fue un hito que marcó la diplomacia Vaticana de dicho papa.

En lo que se refiere al resto de Europa, Pio XII mantuvo pacíficas y prósperas relaciones con Franco en España y con los presidentes de la República de Irlanda y aquellos de los países del Benelux, donde la presencia del comunismo era muy escasa. Por el contrario, la rápida secularización de Francia y la influencia del socialismo obrero también se convirtió en un problema a los ojos de Pio XII (Pollard, 2014).

2.3.1 El proceso de integración europea en el contexto de la Guerra Fría

El relato del Vaticano sobre el proyecto de integración europea no puede desligarse de la situación en el mercado mundial de las religiones y de las relaciones de conflicto establecidas con las diversas confesiones con especial atención al movimiento ecuménico. El contexto internacional determinado por los albores de la Guerra Fría y la emergencia de las instituciones comunitarias resulta determinante para entender cómo llegó a utilizarse como instrumento diplomático en contra del comunismo (Castro y Lago, 2020).

Bajo Pio XII, la primera referencia a la unidad europea tuvo lugar en 1948 en el discurso del Sacro Colegio Cardenalicio, dentro de los esfuerzos por promover la paz y la reconciliación entre naciones, en el contexto de una Europa devastada tras la guerra. Así, Pio XII decidió enviar un representante personal suyo al Congreso de Europa en la Haya (Castro y Lago, 2020).

Será a partir de este momento cuando Pio XII empiece a involucrarse activamente en el proceso federal y supranacional en la que de manera paulatina vemos cómo van emergiendo distintas iniciativas como la creación de la Comunidad Europea de Defensa y su correlato de Comunidad Política Europea, la creación de la CECA en 1952 e incluso la defensa de propuestas como las de Schuman-Gasperi (Castro y Lago, 2020).

El culmen del utilitarismo del proyecto europeo para la diplomacia Vaticana llegará con el discurso que el papa promulgó el 11 de noviembre de 1948 en el Segundo Congreso Internacional para dar vida a la Unión Europea Federal, en el que dejó claro lo siguiente:

La base de la unidad europea tendrá que descansar en la común herencia de la civilización cristiana, tal y como se recoge en las conclusiones de la Comisión Cultural del Congreso de Europa, yendo más allá hasta llegar al reconocimiento expreso de los derechos de Dios y de su ley, porque sin este sustento religioso nada puede asegurar los derechos del hombre. Serán los hombres amantes de la paz, del orden y de la familia quienes construyan la unidad de Europa (Castro y Lago, 2020).

Por lo tanto, es de gran importancia parar a reflexionar sobre el discurso que adoptó el Vaticano en los primeros años de la construcción de la futura Unión Europea. Si llegamos

al fondo de la cuestión, podemos observar como el discurso tenía una doble vertiente: en primer lugar, Pio XII se percató de la debilidad de la religión católica en Europa, que había perdido el liderazgo a manos de Estados Unidos. Por lo tanto, lejos de dar un enfoque meramente político y económico a este gran proyecto, la Santa Sede quiso influir sobre el mismo enfatizando sobre la importancia de valores como la solidaridad cristiana, la defensa de la familia o la dignidad humana (Pollard, 2014). En segundo lugar, la integración europea será un medio muy importante para combatir el comunismo, aumentando los recursos tanto materiales como ideológicos de los que disponía el bloque occidental (Coppa, 2013).

Juan XIII tomó el relajo a Pio XII, quién seguirá inspirándose en los mismos ideales respecto a la construcción de la Unión Europea. Prueba de ello será la publicación de la encíclica *Pacem in Terris*, que hará referencia de nuevo a la unidad de Europa como medio para lograr la paz mundial y el diálogo entre naciones.

2.4 Relaciones con el bloque comunista

La parte más aguda del análisis de la diplomacia ejercida por Pio XII llega a la hora de tratar las relaciones entre el Vaticano y el bloque comunista, constituido por la Unión Soviética como núcleo principal y todos los países satélites bajo su poder, entre ellos muchos asiáticos. Las relaciones con el gobierno soviético, bajo el poder de Stalin, estuvieron totalmente congeladas durante el pontificado de Pio XII. No hubo ningún esfuerzo por canalizar las diferencias a través del diálogo y las relaciones diplomáticas eran inexistentes.

Si bien, aun siendo la Unión Soviética el corazón del comunismo, fueron los países satélites, y en especial los países de Europa del Este donde se desencadenó una mayor persecución contra la Iglesia. Hungría, Checoslovaquia, Rumanía, Yugoslavia, Polonia, y Ucrania, serán los países más castigados por el comunismo. Bajo el lema de la “Iglesia del silencio”, Pio XII quiso hacer referencia a los millones de cristianos que fueron perseguidos, detenidos y arrestados en defensa de la religión cristiana (García, 2019). En dichos países, el comunismo condenó a la religión católica prohibiendo todos los colegios religiosos, mediante la expropiación de tierras y demás propiedades de la Iglesia, la

anulación de concordatos con la Santa Sede y la abolición de cualquier tipo de asociación o sede religiosa (Pollard, 2014).

El punto álgido de la gran represión de culto a la que tuvo que enfrentarse la Europa del Este debido al ascenso del estalinismo, llegó con el encarcelamiento de importantes arzobispos a finales de los años 40 y principios de los 50 (Coppa, 2013). Como símbolos de la persecución han quedado los nombres del cardenal de Polonia Sepham Wyszynski, el cardenal húngaro Mindszenty, el arzobispo de Yugoslavia Stepinac y el cardenal checoslovaco Berán (García, 2019). Estos héroes de la religión católica han quedado impregnados en la historia de Europa del Este.

Mindszenty, también conocido como “el cardenal de hierro” se convertirá en la imagen de una Europa devastada por la ideología comunista que atentaba contra cualquier tipo de doctrina religiosa y moral que pudiese recordar al antiguo régimen (García, 2019). Será el juicio protagonizado por el partido comunista Húngaro en su contra en 1949, lo que desató la tensión en Estados Unidos, fortaleciendo la presencia del movimiento católico anti-comunista americano.

La Santa Sede no solo quiso focalizar la propaganda anticomunista en el caso húngaro, pero como ya hemos mencionado, junto con la ayuda de Estados Unidos, consiguió ampliar el alcance y la repercusión de las atrocidades que se estaban cometiendo. Así, Pio XII encontró un documento que el partido comunista checoslovaco había dictado en una reunión del gobierno, que servía como ejemplar del nivel de opresión ejercido. Este documento contenía directrices como separar a la Iglesia Católica de todos los fieles mediante el cierre de encuentros de culto, privar a los clérigos de su independencia económica o la supresión del Acta Curiae (Herzog, 2011).

No podemos olvidarnos de la influencia comunista en Asia como otro gran objetivo para la Santa Sede. China, a raíz de las elecciones por las que se instaura la República Popular China, será el mayor reto para el capitalismo. Si ligamos unos acontecimientos con otros, las escaladas tensiones por la pugna de dominancia ideológica entre Estados Unidos y China, y las buenas relaciones de la Santa Sede con la potencia americana, dificultarán el establecimiento de unas relaciones pacíficas por parte de Pio XII. Corea se convertirá en

el campo de batalla entre el comunismo y el capitalismo y el Vaticano, ante tal compleja situación, se verá muy limitado diplomáticamente (Pollard, 2014).

Como hito histórico a destacar que tuvo lugar bajo el pontificado de Pio XII, debemos considerar la ruptura sino-soviética como un avance del capitalismo en Asia. China, bajo el gobierno comunista de Mao, siempre había tenido unas interpretaciones del leninismo muy distintas a las de la URSS. Adicionalmente, debido al peso político y económico que ejercía en la geopolítica nunca quiso ser considerado como un país satélite de la URSS, pero aspiraba a tener su propia independencia en todos los sentidos (Baena, 2015).

El carácter desestabilizador de esta ruptura para el bloque soviético podía ser aprovechado por Estados Unidos para lanzar una ofensiva en China e instaurar un gobierno proamericano (Baena, 2015). El conflicto entre los dos máximos líderes soviéticos fue muy seguido de cerca por Estados Unidos y el Vaticano, ya que podía de manera repentina el transcurso de la Guerra Fría y alterar los planes diplomáticos entre los aliados de un bloque y de otro (Baena, 2015).

Adentrándonos más en la diplomacia Vaticana frente a la cuestión sino-soviética, de nuevos podemos ver la repetición de ciertas actitudes y dinámicas por parte de Pio XII. Mediante la publicación de encíclicas y cartas apostólicas como *Ad Sinarum Gentem* o *Ad Apostolorum Principis Sepulcrum*, la diplomacia Vaticana quiso influenciar de manera sutil a los dirigentes comunistas asiáticos y expandir los ideales católicos (García, 2019). Asimismo, dichas encíclicas constituyeron una fuente de esperanza y apoyo a todos los creyentes chinos que bajo opresión.

El principal objetivo de Pio XII en relación con el bloque comunista, no era estrechar las relaciones con Moscú llegando al diálogo, ese será el reto al que se enfrentarán Juan XXIII y Pablo VI, pero lo que se pretendía era la supervivencia de la Iglesia Católica en una crisis existencialista de los ideales occidentales y cristianos. En línea con el estilo diplomático que venimos viendo a lo largo de este capítulo, Pio XII no decidió reunirse o visitar a Stalin, Mao o a cualquier otro presidente de Europa del este, pero quiso ejercer una diplomacia mucho más imparcial y neutral canalizada a través de escritos y documentos oficiales, como muestra de su inconformidad con la ideología comunista.

3. Pontificado de Juan XXIII en el marco de la Guerra Fría (1958-1963)

3.1 La figura del papa Juan XXIII: el Papa Bueno

La transición entre Pio XII y Juan XXIII será uno de los giros más drásticos de la historia del Vaticano. En 1958, tras la muerte del querido pontífice Pancelli, el mundo entero observaba con detenimiento y nerviosismo, la llegada de un nuevo papa que se consideraba de transición. Sin embargo, lo que los fieles no sabían era que no se trataba de un breve pontificado con un papa de paso, pero uno con una importancia trascendental.

Será la mentalidad del pontífice, su percepción sobre el papel del Vaticano en el mundo contemporáneo y la personalidad de Juan XXIII, lo que lleve al Vaticano a cambiar el rumbo de su diplomacia. Juan XXIII, con un ardiente fervor de querer renovar la Iglesia, tampoco quiso desligarse de los límites tradicionales impuestos por su predecesor en la estructura interna de la institución (Ryall, 1999).

Juan XXIII pronunció las siguientes palabras “La Iglesia es joven y conserva, como siempre ha hecho a lo largo de su historia, su capacidad para el cambio”, para dejar claro la necesidad que existía en el seno del Vaticano de adaptar la predicación, la organización y los métodos pastorales alineándolos con un mundo transformado (Tineo, 1997). Tal fue así, que Juan XXIII inauguró el concepto de *aggiornamento* que significa “puesta al día” y para convertirlo en realidad convocó el Concilio Vaticano II en 1962 (Tineo, 1997).

Debido a su carácter innovador y a su afán por modernizar la Iglesia, en lo que respecta a la diplomacia Vaticana, por un lado, quiso mantener las directrices fundamentales que definían la diplomacia Vaticana al mismo tiempo que rompió rápidamente moldes en diversos aspectos. Manifestación de esto fueron sus repetidas salidas a diversas partes de Roma e Italia para visitar basílicas, enfermos o demás signos sociales que le hicieron llamar la atención de muchos civiles (Tineo, 1997). Fue un papa muy cercano a la sociedad, ya que consideraba que era importante comprender los problemas y los retos del mundo actual desde la calle. Por ello, las visitas y la organización de eventos se convirtieron en un aspecto fundamental de sus políticas. En uno de sus discursos, se cuestionaba lo siguiente ¿No es, pues, natural ampliar los viejos marcos que ahora son ya demasiado estrechos? (Tineo, 1997).

El principal impacto del comportamiento de Juan XXIII, matizando las diferencias con su predecesor, se observa en la posición de la Santa Sede en la Guerra Fría. Los cambios teológicos potenciados por el nuevo papa permitieron al Vaticano liberarse de su asociación con Estados Unidos, que tanto había sido promovida por Pio XII como mecanismo de defensa contra el bloque soviético. El Vaticano se percató de que su papel de neutralidad en el sistema internacional, le permitía llegar más allá de la división de la Guerra Fría (Tineo, 1997). Este nuevo arquetipo diplomático que nace en el corazón del Vaticano con Juan XXIII, recibirá el nombre de Ostpolitik Vaticana, que analizaremos con mayor profundidad más adelante.

3.2 Concilio Vaticano II: la edificación de una nueva cristiandad

En 1962, el papa Juan XXIII inauguró el Concilio Vaticano II en la Iglesia de San Pedro del Vaticano. El Concilio Vaticano II duró hasta 1965, conformado por 4 sesiones a las que asistirían 2450 obispos de todos los continentes, aunque Europa fue el país con mayor representación. Esto tan solo son algunos datos que nos ayudan a trasladarnos al pasado para ser conscientes de la magnitud e importancia que este acontecimiento tendría a nivel mundial, como muestran también las siguientes del Anexo II.

El análisis del Concilio Vaticano II es apasionante, ya que el contexto en el que tuvo lugar y sus implicaciones para la historia de la Iglesia Católica, han sido sustanciales. En el seno de una Iglesia Católica revolucionada por la forma de pensar de San Juan, se quiso ir más allá y establecer una estrategia a gran escala con dos grandes objetivos: la institucionalización de la Iglesia Católica y la defensa de la Santa Sede en el Este de Europa y en un mundo cada vez más alejado del conservadurismo católico (Montes, 2021).

Es interesante leer distintos escritos y documentos de aquella época que relatan como fue el momento en el que Juan XXIII decidió convocar un Concilio. Así Tineo (1997), narra las palabras que el papa pronunció ante Domenico Tardini, secretario de Estado de la curia romana, cuando se vio iluminado por Dios para la organización de un Concilio: “De pronto, una gran idea surgió en nosotros e iluminó nuestra alma. La acogimos con una inenarrable confianza en el divino Maestro y de nuestros labios salió una palabra solemne, imperativa. Nuestra voz la expresó por primera vez: un concilio”. El papa era plenamente consciente de lo revolucionaria que podía resultar esta idea y el cambio de ruta que

imprimiría en la diplomacia Vaticana. No obstante, su afán renovador y su carácter ambicioso y aspiracional supusieron un impulso para llevar la idea adelante.

Fueron varios los hitos alcanzados durante esta primera sesión del Concilio presidida por el papa Juan XXIII. El más importante de ellos fue la aprobación de la encíclica *Pacem In Terris*, que recogía en gran parte la diplomacia Vaticana que persiguió y ejerció el papa Juan XXIII. En ella claramente se refleja el carácter progresista de este pontificado al tratarse temas como la elevación de las clases sociales, la presencia de la mujer en la vida pública o la emancipación de los pueblos (Juan XXIII, 1963). *Pacem In Terris*, es la manera en la que se materializó la idea de que la Iglesia necesita buscar la paz del mundo y adoptar un carácter mucho más neutral al que tenía, para poder sobrevivir en tiempos muy convulsos.

En esta misma encíclica, el papa quiso pronunciarse acerca de las formas en las que los Estados visualizaban el mundo. Se consideraba que la pugna de poder y el progreso solo podía alcanzarse por medios violentos y conflictivos que demostrasen la supremacía de unos países sobre otros. “Las relaciones internacionales deben regirse por el principio de solidaridad activa: Asociaciones, colaboración e intercambios”, son las palabras textuales que podemos encontrar en *Pacem In Terris* (Juan XXIII, 1963). En línea con esta filosofía, ese mismo año, cuando los comunistas quisieron desviar la atención del Concilio protagonizando la Crisis de los Misiles de Cuba, la Santa Sede ejerció un papel diplomático como mediador mucho más proactivo (Rodríguez, 2017).

Sin tener menor importancia, cabe destacar también, la renovación del rito católico, que permitía la celebración de la misa en distintas lenguas nacionales y no solo en latín. Como un parte fundamental de la diplomacia Vaticana perseguida por Juan XXIII por medio de este Concilio, se declaró la libertad religiosa y de conciencia, así como una mayor presencia de la Santa Sede en los medios de comunicación (Montes, 2021). Claramente, este hecho fue muy bien visto y recibido por ambos bandos de la Guerra Fría. Por un lado, Estados Unidos encontraba cada vez más un mayor alineamiento con los principios de la diplomacia Vaticana y, por otro lado, el comunismo apoyaba la visión más liberal que estaba saliendo a la luz de la Iglesia Católica.

A la vista del buen recibimiento del Concilio Vaticano II en el bloque comunista, el papa convocó a cardenales provenientes de países como Japón o Filipinas que nunca habían sido tenidos en cuenta por la Santa Sede. Adicionalmente, cerca del 80 cumpleaños del papa, Nikita Jrushchov decidió enviar al mismo un mensaje de felicitación, el cuál fue recibido con complacencia en el Vaticano. El bloque comunista había considerado la fecha como una buena ocasión para dar unos primeros pasos en las relaciones amistosas con el Vaticano (Tineo, 1997). Tal fue la distensión política, que el papa Juan XXIII permitió el envío de observadores de la Iglesia Rusa Ortodoxa al Concilio, lo que marcó un antes y un después en las relaciones con Moscú y la progresiva normalización de las relaciones entre ambos bloques (Roccucci, 2015)

Es también interesante y enriquecedor para la construcción de la diplomacia Vaticana, consultar la opinión de autores críticos contemporáneos acerca del alcance del Concilio Vaticano II. Hace unos años entrevistaron a Alberto Melloni, titular de la Cátedra de la Unesco sobre Pluralismo Religioso y Paz, conocido principalmente por su trabajo sobre los Concilios y el Concilio Vaticano II. Y éstas fueron sus palabras acerca de la relevancia de la celebración del Concilio II en un momento crítico:

Si la Iglesia católica no hubiera hecho el CVII habría tenido el mismo fin que algunas de las grandes instituciones de finales del siglo XX, que creían que enrocarse ideológicamente era la respuesta adecuada, pero han acabado en la nada. Pensemos en lo que le pasó al comunismo soviético. El CVII permitió a la Iglesia atravesar un tiempo difícil como han sido los cincuenta años posconciliares, y salir de ellos como cristiana. Es un resultado muy grande (Menor, 2017).

3.3 La puesta en marcha de la Ostpolitik Vaticana por Cassaroli

El Concilio Vaticano sembró las semillas de lo que sería la Ostpolitik Vaticana. Se considera a la Ostpolitik Vaticana como la estrategia diplomática iniciada por Juan XXIII cuyo principal objetivo era preservar a la Iglesia Católica del telón de acero.

Es importante hacer especial alusión a la figura de Agostino Cassaroli como la persona que ideó y llevó a cabo dicha estrategia. Se trata de uno de los diplomáticos más importantes de la curia romana, que mayores logros a nivel de política exterior del

Vaticano consiguió. Fue el único diplomático que firmó los Acuerdos de Helsinki, derivados de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (1975) y la Carta de París en representación del Vaticano (Vukicevic, 2018). Era una persona muy proactiva y visionaria, con una línea de pensamiento muy similar a la de Juan XXIII y su sucesor Pablo VI.

La Ostpolitik surge a raíz de la aceptación de la Santa Sede de que la división ideológica generada por la Guerra Fría sería un conflicto largo con consecuencias trascendentales para la Iglesia Católica, y por lo tanto, era necesaria la adaptación del Vaticano a la realidad social. El nombre de este nuevo planteamiento diplomático puede parecer impreciso, ya que era el mismo que el del plan de política exterior desarrollado por el canciller socialdemócrata Brandt. Y, aunque las políticas dictadas por el Vaticano eran similares a las de Alemania Occidental, el enfoque del Vaticano se centraba en los países comunistas del este de Europa (Vukicevic, 2018).

El objetivo último de la Ostpolitik consistía en la apertura al diálogo con los regímenes comunistas y los ateos, para suavizar las relaciones con el enemigo basándose en unos presupuestos de buena vecindad y convivencia (Glejdera, s.f). Sin embargo, no podemos olvidarnos, de que a pesar de que las relaciones entre ambos cada vez fuesen más estrechas y pacíficas, Moscú verá la Ostpolitik como un gran peligro que atentaba contra los principios comunistas. Por lo tanto, el comunismo no se opondrá a esta política en lo que concierne intereses políticos y económicos, pero si se mostró reacio a los principios subyacentes religiosos y morales. Como consecuencia, hablamos del paulatino encauzamiento de unas relaciones de diálogo y antagonismo a partes iguales entre el Vaticano y la Unión Soviética (Roccucci, 2015).

La Santa Sede, comenzando por el Concilio Vaticano II, decidió renunciar a mucho para salvar lo poco que quedaba, pero sobre todo el futuro de la Iglesia Católica. Los diplomáticos guiados por Agostino Casaroli trabajaban conjuntamente para dejar un espacio de supervivencia a la Iglesia y empujar a regímenes totalitarios como el soviético a reformarse, dejando atrás conflictos con la fe y la civilización occidental (Caprio, 2018).

Achille Silvestrini, un prestigioso cardenal italiano que trabajo de la mano con Casaroli y Tardini, relata las preocupaciones que emergían en núcleo del pontificado de Juan

XXIII como consecuencia de este nuevo paradigma diplomático e ideológico. Nos lo describe con las siguientes palabras:

La discusión se centraba en si negociar podía resultar beneficioso para vida religiosa, dándole un mayor espacio y aliento, o si se resolvería con una ilusión que sólo sería de utilidad para el prestigio de los regímenes, pero sin aportar resultados duraderos a la Iglesia (Caprio, 2018).

La cuestión era mucho más compleja de lo que puede parecer ya que, no todas las decisiones y movimientos que se realizaban contaban con el apoyo unánime de la curia romana. La sucesiva apertura entre el Vaticano y ciertos países bajo el régimen comunista fue considerada por algunos como un problema ya que la democracia cristiana podía deslizarse hacia una alianza con los socialistas y el centroizquierda (Tineo, 1997). Es decir, muchos pensaban que la personalidad pacifista y progresista de Juan XXIII debía también encontrar sus límites para no caer en decisiones equivocadas.

60 años desde la muerte de Juan XXIII, podemos firmemente concluir que se trata de un personaje histórico con un mensaje a divulgar, en el que vale la pena detenerse a considerar la riqueza de su legado y magisterio. Como autor del Concilio Vaticano II, de distintas encíclicas y del comienzo de la Ostpolitik, construyó con sus propias palabras y acciones una diplomacia de paz, amor, justicia y libertad, que traería al centro del debate temas eternos con la urgencia de un tiempo preciso (Rolle, 2008). Tal fue y será siempre su importancia como diplomático y pastor de la fe, que en el 2016 fue santificado por el Papa Francisco.

4. Pablo VI: peregrino de la paz (1963-1978)

La situación inicial que Pablo VI encontró sobre la mesa, al asumir el cargo de papa, fue muy distinta a la de su predecesor. El Concilio Vaticano II al igual que la Ostpolitik Vaticana ya eran parte de la historia de la Santa Sede, y la nueva corriente diplomática ya estaba encauzada, solo faltaba pulir algunos matices.

Se conoce que fue un hombre moderno, peregrino de la paz y fiel defensor del diálogo en todas sus dimensiones. En línea con las corrientes de pensamiento que estaban forjando una nueva era diplomática en el seno de la Iglesia Católica, adoptó una doctrina social,

que huía de la intervención directa en la Guerra Fría, pero que ponía en valor la importancia del diálogo con los regímenes comunistas y el papel mediador en conflictos internacionales.

Al igual que San Juan, no concebía la reforma o el *aggiornamento* de la Iglesia, sin acercarse a los pueblos humanamente. Así, realizó numerosos viajes a la India, América Latina, África y Tierra Santa, para ponerse en contacto con todas aquellas civilizaciones vulnerables y con problemas de desarrollo, que calificó como urgentes de resolver (Allo, 2011). Es importante, hacer referencia al concepto de diálogo que promulgo durante sus viajes y a lo largo de su pontificado. Para Pablo VI, una parte fundamental de la diplomacia Vaticana consistía en dialogar con todo lo que es humano, dentro y fuera del ámbito eclesial. Así, durante su pontificado se pudo observar cómo los círculos del diálogo representan a una Iglesia que sale de sí misma al encuentro con el mundo. Se visualizaba el diálogo como la clave para percibir el Evangelio a la luz de la cultura contemporánea (Zammit, 2019).

A pesar de que las líneas políticas y diplomáticas de Pablo VI fueron muy similares a las de Juan XXIII, es importante aludir a la transición que empieza palpase durante su pontificado. El eje occidente-oriente seguirá siendo el enfoque principal de la doctrina de la Iglesia, por motivos evidentes. Sin embargo, las desigualdades generadas a raíz de la línea divisoria norte-sur que divide al mundo en dos grupos muy diferenciados ganará un peso notable. Esta idea será introducida por el papa en la encíclica *Populorum Progressio* (1967), donde plantea que no puede haber un desarrollo humano sin “el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a más humanas” (Luciani, 2019).

Alegando al comienzo del presente trabajo, donde se expone la relevancia de la diplomacia Vaticana para el entendimiento de la construcción del sistema internacional tal y como lo conocemos ahora, Pablo VI, en 1965, pronunció uno de los discursos más sonados en la Asamblea General de las Naciones Unidas (Allo, 2011). Con el enfoque puesto en América Latina, quiso cruzar el Atlántico, para constatar la importancia de un desarrollo de los pueblos equitativo, basado en la razón, la justicia, el derecho y el diálogo materializado con negociaciones. Esto quedará impregnado en la naturaleza de la ONU como una ratificación moral y solemne trascendental (Allo, 2011).

Eclipsado por los dos grandes pontificados de Juan XXIII y Juan Pablo II, se tiende a despreciar la importancia de su labor como diplomático y líder de la Santa Sede. La realidad es que fue quien puso punto final al Concilio Vaticano II de manera exitosa y prosiguió con el desarrollo de la Ostpolitik.

4.1 La Ostpolitik Vaticana: del papel a la realidad

Aunque como ya hemos mencionado, la Ostpolitik Vaticana tuvo sus orígenes durante el pontificado de Juan XXIII, verdaderamente se ejecutó a lo largo del papado de Pablo VI. La Ostpolitik de Pablo VI puede ser caracterizada con el lema “negociar en vez de condenar”, ya que el papa se preocupó por establecer una serie de bases pacíficas, haciendo amplias concesiones a gobiernos comunistas para facilitar la vida a los creyentes católicos en Europa del este (Feldkamp, 2004).

La Ostpolitik se materializó con una serie de reuniones y visitas entre la Santa Sede y los países del Este. Cassaroli inició en 1963 una gira pública empezando por Praga y Budapest (Uría, 2014). Fue todo un éxito dicha estrategia, ya que Cassaroli consiguió reunirse con todos los países comunistas de Europa del este, a excepción de Albania y con la mayoría de ellos firmo acuerdos. En el caso de Yugoslavia, uno de los países que mayores peligrosos supuso para la Santa Sede al comienzo de la Guerra Fría, se consiguieron reestablecer las relaciones diplomáticas oficiales a partir del acuerdo de Belgrado en 1966 (Vukicevic, 2018). Ambas partes, cada vez eran más conscientes de la necesidad de mantener relaciones cordiales y los beneficios que les traería.

El punto álgido a lo largo de todo este proceso, uno de los planes diplomáticos con mayor envergadura de la historia, llegará en 1971 cuando Cassaroli y Pablo VI visitan Moscú para depositar la firma del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares (Vukicevic, 2018). Este acontecimiento fue noticia en todos los medios de comunicación internacionales, como podemos ver a través de periódicos españoles en el Anexo III. Si nos paramos a medir la relevancia de este suceso para la diplomacia Vaticana, y claramente para la geopolítica internacional, nos podemos percatar del impacto masivo que genero para las tradicionales relaciones entre ambas partes y el transcurso de la guerra. Cassaroli utilizará la ocasión para establecer diálogo con la Unión Soviética en tres

niveles: Ministerio de Asuntos Exteriores, el Consejo de Asuntos Religiosos y la Iglesia Ortodoxa Rusa (Vukicevic, 2018).

Los ejes de la Ostpolitik Vaticana ya estaban profundamente asentados en la institución y la imagen exterior que la Santa Sede estaba dando al mundo de sí misma, era muy diferente a la de años anteriores, pero muy bien recibida por el orden internacional. Los diplomáticos que trabajaban para el Vaticano cada vez eran más conscientes del papel neutral al servicio de las relaciones internacionales que la Santa Sede debía ejercer para evitar problemas que hicieran tambalear sus dogmas y estructura como había ocurrido con la llegada del comunismo (Vukicevic, 2018).

En lo que se refiere a Estados Unidos, que ya había dejado de ser un aliado política y económicamente fundamental para el Vaticano, las intenciones entre ambos no eran bidireccionales, en los que se refiere a la potencia americana. La apertura radical de la Santa Sede al diálogo y la negociación con los regímenes comunistas no fue bien vista por muchos integrantes del gobierno americano, ya que consideraban que el Vaticano estaba dando pasos hacia atrás respecto a la gran alianza que habían configurado. Estados Unidos, seguirá ejerciendo *lobbying*¹ al Vaticano, hasta el final de la Guerra Fría, para contar con su apoyo en sus respectivas estrategias de defensa (Bateman, 2019).

Podemos concluir, por lo tanto, que el alcance de la Ostpolitik Vaticana, debido a sus ambiciosos objetivos y profundidad, fue trascendental para la diplomacia Vaticana durante el periodo de la Guerra Fría. Constituyo un giro radical en la política exterior del Vaticano y la manera en la que se posiciona la Iglesia Católica en el mundo contemporáneo. No obstante, no podemos olvidarnos como se mencionaba al comienzo del trabajo, de que la Santa Sede como sujeto internacional siempre tendrá unos intereses y valores concretos que se alinearán en mayor medida con unos estados que con otros. Esto no impide su papel como mediador de conflictos para velar por la paz en todos los niveles.

¹Lobby: es un término anglosajón que hace referencia a un grupo de presión formado por personas con capacidad para presionar sobre un gobierno o una empresa, especialmente en lo relativo a las decisiones políticas y económicas.

4.1.1 La Ostpolitik 2.0

Desde el 2013, la Santa Sede esta guiada por el papa Francisco, que nos puede recordar en numerosos aspectos al papa Juan XXIII y Pablo VI. De nuevo hablamos de un hombre moderno, actualizado, con la mirada puesta en el presente y con una doctrina social que busca unir puentes antes que construir muros entre civilizaciones.

Desde el inicio de su pontificado, Francisco ha buscado entablar un diálogo pacífico con aquellos países con los que el Vaticano por razones históricas no se encuentra en buena sintonía, como puede ser el caso de China (Quintanal, 2016). Es por ello, que recientemente podemos hablar de una nueva Ostpolitik Vaticana, esta vez en manos del Secretario de Estado Pietro Parolin, que se concreta en una política de encuentro entre las periferias geográficas y el centro de una catolicidad concebida como verdaderamente universal (Galeazzi, 2018).

Las relaciones con la República Popular de China siempre han sido tambaleantes, por su carácter comunista, pero más recientemente por la situación con Taiwán. La Santa Sede, es uno de los catorce estados que reconoce a Taipéi como un territorio autónomo e independiente de China, lo que llevó a romper las relaciones diplomáticas oficiales con la potencia asiática hace más de 70 años (Quintanal, 2016). No fue hasta el 2018, cuando el papa Francisco, después de varios intentos y visitas oficiales a Pekín, consiguió firmar un acuerdo histórico que acerca diplomáticamente a ambas partes, pudiendo así reestablecer el Vaticano, la presencia de obispos en China (Verdú, 2018).

Hoy en día, donde podemos observar en el tablero internacional una escalada de tensiones protagonizadas por la creciente polarización entre el Oeste y Occidente, a raíz de la guerra comercial y la guerra en Ucrania, el Vaticano recuerda el gran escollo que supuso para la Santa Sede la Guerra Fría. Es por ello, que el papa Francisco se muestra más abierto al diálogo que nunca, buscando amistades antes que enemistades con ninguno de los dos bandos. Las relaciones con Rusia y China, las contempla como primordiales, para el rol geopolítico de la Santa Sede (Verdú, 2018).

5. Conclusiones

A lo largo del trabajo hemos ido analizando la diplomacia Vaticana durante distintas etapas de la Guerra Fría, para aproximarnos con la mayor exactitud posible a los objetivos del estudio mencionados en el apartado introductorio del trabajo.

Gracias al estudio comparativo de los tres papados que ha sustentado la parte del análisis del trabajo, hemos podido observar más de cerca la relevancia histórica y actual del Vaticano como sujeto que posee diplomacia pública. Además, el recorrido por la historia de la Santa Sede a lo largo del conflicto permite legitimar la diplomacia que se deriva del Estado del Vaticano, al ser totalmente coherente y en línea con la situación geopolítica del momento. Es decir, no se trata de un sujeto ajeno al contexto social, pues son numerosos los ejemplos que han demostrado el carácter contemporáneo y activo del Vaticano.

Los intereses del Vaticano y, por ende, la manera en la que se ha relacionado con ambos bandos del conflicto, así como la proyección de su imagen hacía el exterior, han dependido en gran medida de dos dimensiones principales: el grado de amenaza que el comunismo supusiese y el temperamento de cada una de las personalidades que hemos analizado.

Aunque encontramos similitudes entre los tres papados, ya que el Vaticano siempre se ha mostrado como eje de referencia moral y fiel defensor del diálogo como medio de resolución de conflictos, se trata de un periodo turbulento con etapas claramente diferenciadas. El Concilio Vaticano II y la llegada de Juan XXIII, será el punto de inflexión por el cual la Santa Sede dejará de estar arraiga a la tradicional doctrina social de la Iglesia promovida por Pio XII y optará por un papel diligente para defender sus propios intereses del comunismo.

Con la encíclica *Pacem in Terris* y la *Ostpolitik* Vaticana, el Vaticano no solo será capaz de materializar las creencias sobre las que se edificaba la nueva Iglesia Católica, pero además romperá por completo el status quo que había definido la primacía geopolítica de la Guerra Fría.

La Crisis de los Misiles en Cuba, a la par que se celebraba la primera sesión del Concilio Vaticano II, será el detonante final que llevó a la Santa Sede hacia una diplomacia de estrechamiento en sus relaciones con el régimen comunista. El temor a la paulatina depauperación de la presencia católica en el este de Europa, Asia y América Latina conllevó medidas de gran urgencia, en las que la Iglesia utilizará todos los medios a su disposición para mostrar su voluntad por convivir con los regímenes vinculados a postulados basados en la ideología comunista.

Es importante resaltar el papel que Estados Unidos y la Unión Europea, que se encontraba en proceso de construcción, adoptarán a lo largo del proceso. Estados Unidos consolidándose como una potencia afín a los intereses de Pio XII, irá progresivamente perdiendo peso a favor de Europa, cuyos regímenes totalitarios se consolidarán como enclaves fundamentales en lucha contra el socialismo.

De nuevo, será en el transcurso de las relaciones entre los papas y EEUU donde se reflejan las dos dimensiones a las que aludíamos anteriormente. Pio XII, con un carácter modesto, prudente y anticomunista, se decantará por forjar una alianza incondicional con la potencia americana, de la que aprovechará sus medios de comunicación para lanzar un mensaje claro pero sutil. Los papados de Juan XXIII y Pablo VI, por el contrario, optarán por acciones más potentes y agresivas, que les ayudarán a definir la nueva identidad propia de la Santa Sede, al margen de cualquier gran potencia.

Este apasionante periodo de historia contemporánea, visto desde una perspectiva poco común, como es la de la diplomacia Vaticana, nos ayuda a colocar piezas en el tablero para entender de mejor manera la grandiosidad de las relaciones internacionales a la par que la complejidad de la misma.

6. Bibliografía

- Allo, G. (2011). La Doctrina Social en los pontificados de Pablo VI y Juan Pablo II.
- Baena Correa, R. A. (2015). Realismo político en la guerra fría: los 50's un periodo de mutuo miedo.
- Bateman, A. (2019). *The Vatican's Nuclear Diplomacy from the Cold War to the Present. War on the Rocks.*
- Bonet Navarro, J. (2014). La relevancia internacional de la Iglesia Católica. *Anuario de Derecho Canónico*, (3), 185-215.
- Caldentey, I. P. (1996). El realismo y el final de la guerra fría. *Agenda Internacional*, 3(6), 73-77.
- Caprio, S. (2018). La vieja y la nueva Ostpolitik de la Santa Sede. *Asia News.*
- Coppa, F. (2013). *The Life and Pontificate of Pope Pius XII. CUA Press.*
- Cornwell, J. (2001). *El Papa de Hitler: la verdadera historia de Pio XII.* Planeta
- Castro, D. L., & Lago, R. J. R. (2020). El relato vaticano sobre el proceso de integración europea. Los pontificados de Pío XII y Juan Pablo II. *Ayer: Revista de Historia Contemporánea*, 117(1).
- Davison, G, F. (2020). La Patología de Allen Dulles, la CIA y más.
- Delgado Gómez-Escalonilla, L. (2014). La diplomacia pública de Estados Unidos. Una perspectiva histórica.
- Dupuy, A. (1984). Paul VI et la diplomatie pontificale. *Publications de l'École Française de Rome*, 72(1), 455-478.
- Fernández, E. (2022). La diplomacia de los silencios. *Alfa y Omega.*
- F. Feldkamp, Michael. (2004). *La diplomacia pontificia.* Biblioteca Autores Cristianos.
- Galeazzi, G. (2018). Esta es la “ostpolitik” de Francisco: diálogo y misericordia. *La Stampa.*
- García, I. A. (2019). El Magisterio pontificio frente al comunismo (1939-2005): Pontificados de Pío XII a Juan Pablo II. *Ab Initio: Revista digital para estudiantes de Historia*, 7(13), 86-110.
- Gayte, M. (2011). The Vatican and Reagan Administration: A Cold War Alliance? *The Catholic Historical Review* (Vol. 97, No. 4, pp. 713-736).
- Glejdura, S. (s.f). *La Ostpolitik Vaticana.* Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de España.

Herzog, J. P. (2011). *The spiritual-industrial complex: America's religious battle against communism in the early Cold War*. Oxford University Press.

Juan XXII, Carta Encíclica *Pacem in Terris* (11 de abril, 1963).

Kirby, D. (2002). *The Religious Cold War*. *Religion and the cold war*. Springer.

Köhler, J. (2000). El silencio del Papa. Una nueva biografía del papa Pio XII. *Revista de libros*, (39), 11-12.

Lajolo, G. (2005). *Nature and Function of Papal Diplomacy*. ISEAS Publishing.

Orlandis, J. (1998). *La Iglesia Católica en la segunda mitad del siglo XX*. Palabra.

Luciani, R. (2019). Pablo VI y América Latina. *Fundación Pablo VI*.

Menor, D. (2017). Alberto Melloni: “Si la Iglesia no hubiese hecho el Concilio, habría acabado en la nada”. *Vida Nueva Digital*.

Pollard, J. (2014). Pius XII: Communism and the Cold War. *The Papacy in the Age of Totalitarianism, 1914-1958*. (pp. 364-414).

Quintanal, G. A. (2016). Las relaciones entre el Vaticano y la República Popular China: ¿El retorno de la “Ostpolitik”? *Razón y fe*, 274(1414-1413), 23-30.

Roccucci, A. (2015). Moscow and the Vatican's Ostpolitik in the 1960s and 1970s: dialogue and Antagonism. *Moscow and the Vatican's Ostpolitik in the 1960s and 1970s: dialogue and Antagonism*, 63-83.

Rodriguez, E. S. (2017). Diplomacia vaticana y política exterior de la Santa Sede. *Estudios institucionales*, 4(7), 119-143.

Rojas, E. F. (2012). El Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos: evolución, organización y lecciones.

Rolle, C. (2008). Juan XXIII: decir las cosas con claridad y el momento oportuno.

Ryall, D. (1999). The Cross and the Bear: The Vatican's Cold War Diplomacy in East Central Europe. In *Deconstructing and Reconstructing the Cold War* (pp. 191-211). Routledge.

Tineo, P. (1997). Juan XXIII y el despertar de una nueva época. *Anuario de Historia de la Iglesia*, 6, 127-154.

Uría, I. (2014). La estrategia geopolítica de la Iglesia Católica.

Verdú, D. (2018). El Vaticano y China cierran un acuerdo histórico para el deshielo. *El País*.

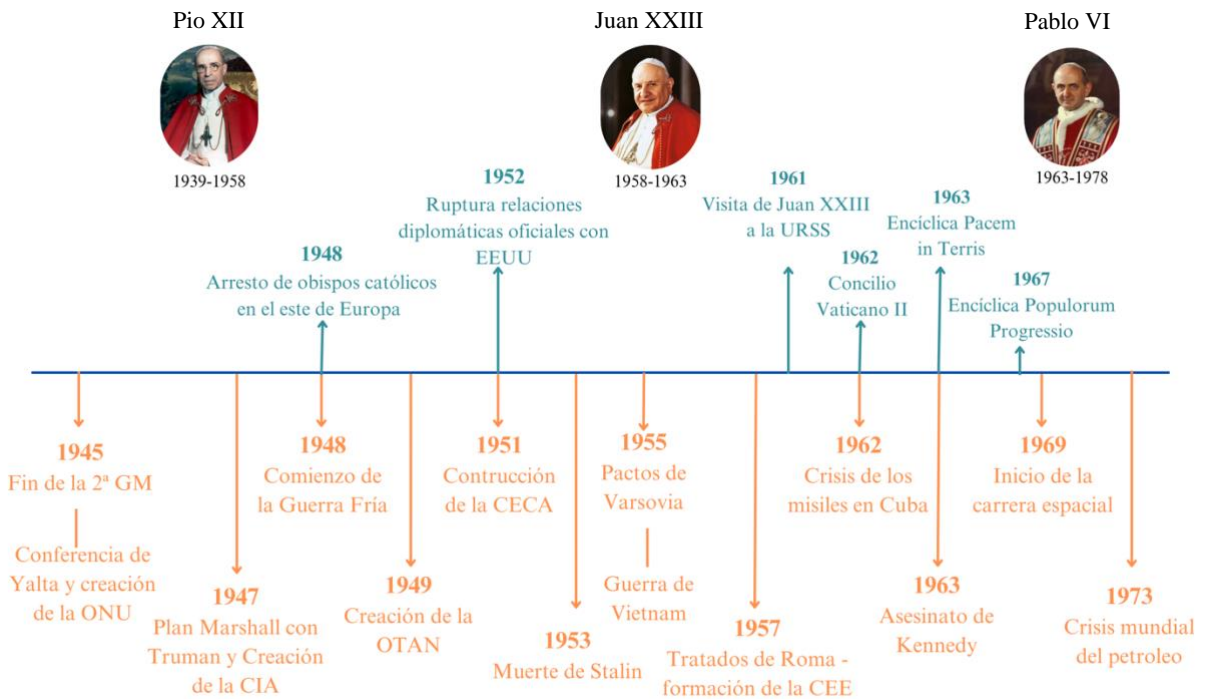
Vukicevic, B. (2018). The Foreign Policy Doctrine of the Holy See in the Cold War Europe: Ostpolitik of the Holy See. *The Turkish Yearbook of International Relations*, 49, 117-138.

Zammit, M. J. (2019). «La Iglesia se inclina hacia el hombre y hacia el mundo»: el puesto central del diálogo de Pablo VI en el Concilio Vaticano II.

Zurita, M. D. (2007). Guerra Fría: Lecturas desde la izquierda sobre un mundo bipolar. In *III Encuentro del Centro de Reflexión en Política Internacional (CERPI)-I Jornadas del CENSUD* (La Plata, 2007).

7. Anexos

Anexo I: Línea del tiempo – se muestran los hechos históricos más relevantes para el estudio del trabajo.



Fuente: Elaboración propia

Anexo II: Imágenes del Concilio Vaticano II (1962)



Estas imágenes permiten visualizar la importancia que tuvo el Concilio Vaticano II para la historia. El gran número de obispos, sacerdotes y demás autoridades dentro de la jerarquía de la Iglesia Católica, que asistieron a este evento, es impactante y sorprendente. Nos recuerda la relevancia del mismo para la geopolítica de aquel momento y el papel que la Iglesia.

Anexo III: Noticia del Diario de Burgos sobre la firma del Vaticano del Tratado de No Proliferación de armas atómicas.



Fuente: Plinio Corrêa de Oliveira, 1974.

La visita de Pablo VI a Moscú, para la firma del Tratado de No Proliferación, fue un hecho muy relevante para la Ostpolitik Vaticana que comenzaba a surtir efectos. La imagen que muestra este periódico español es claramente la prueba de la renovación del Vaticano como un actor que buscaba las paces y la buena convivencia el régimen de la URSS.